

Bolivia: el poder disruptivo de los pueblos originarios

Por Martín Cortés

Introducción

El problema de la dominación asume en Bolivia una complejidad específica y particular, por diversas razones: la brutalidad con que se instituyó, la histórica debilidad del Estado como instancia mediadora y, sobre todo, la radicalidad de la resistencia, a causa de la existencia de un elemento profundamente disruptivo: el campesinado indígena. Desde sus inicios en el siglo XVI, el sojuzgamiento de los pueblos originarios ha tenido por respuesta múltiples rebeliones revestidas de las más variadas maneras, en razón de los actores participantes, de las condiciones contextuales, de la reacción estatal, etc.

En todo caso, si puede detectarse una línea de continuidad en este cuadro, es la de la imposibilidad de silenciar dicho elemento. Como veremos, la dinámica que se ha impuesto en su disputa con las clases dominantes oscila entre la institucionalización y la represión, es decir, un constante intento de apagar esa incomodidad. El segundo de estos modos ha sido el predominante, a la vez que ha estado presente siempre, más o menos veladamente, aún cuando el primero apareciera como preponderante.

Nuestro objetivo, en este sentido, es dar cuenta por un lado de los problemas más estructurales que hacen de la formación social boliviana un espacio particularmente débil para la consolidación de una forma de dominación que acallara su constitutiva violencia de un modo eficaz y, por otra parte, de las situaciones particulares que en diversos momentos históricos aceleraron procesos de descomposición de los sectores dominantes, dando lugar a grandes activaciones de masas e incluso a la participación de éstas de la esfera estatal. Trataremos, entonces de encontrar en el caso boliviano una relación entre la crisis a largo plazo que conllevaba el tipo de organización política y social boliviana y las crisis a corto plazo que posibilitaron múltiples rebeliones y el estallido revolucionario de 1952. En este camino, haremos especial hincapié en el problema indígena, partiendo de la hipótesis de que allí se sitúa el más potente núcleo de la inestabilidad de la dominación en aquel país. Si este análisis nos lleva a detenernos particularmente en los procesos de 1952, se debe a que estos fueron cualitativamente distintos a otros levantamientos, en la medida en que implicaron cambios reales y duraderos en las estructuras de poder estatal.

Aún así, aquí nos proponemos leer la historia boliviana en clave de continuidad, desde la conquista hasta nuestros días; continuidad dada por la opresión a los pueblos originarios y su interminable resistencia. Esto no implica no encontrar quiebres o rupturas, o igualar todo levantamiento u opción estatal, vale decir, ni toda rebelión valió lo mismo, ni todo gobierno es indiferentemente opresivo. Trataremos de visitar y resaltar los diferentes matices, pero intentando demostrar que el “problema indígena” no puede solucionarse a medias, en la medida en que la radicalidad presente en su distancia respecto del Estado dificulta su integración.

Para lograr esto, nos parece fundamental indagar en los aspectos más subjetivos de las formas bolivianas de resistencia, esto es, buscar en la perspectiva de los actores sociales claves acerca del propio proceso que permitan comprender determinados rumbos que los sucesos fueron tomando. En este sentido, si lo novedoso es un ounto imprescindible a la hora de pensar en una revolución como tal, esto resulta particularmente complejo en el caso boliviano, donde la irrupción de lo nuevo se relaciona con reivindicaciones milenarias e imaginarios que remiten al pasado. Trataremos de profundizar esta tensión.

Vale aclarar que no consideramos válida una división tajante entre las causas o condiciones objetivas y subjetivas que dan lugar a una revolución, dado su corto alcance para interpretar procesos históricos concretos. Sin embargo, sí es posible (incluso interesante y necesario) distinguir elementos fundamentales en el orden de la experiencia de los oprimidos que resultan determinantes en algunas características que asumen las revoluciones. Como veremos, la imagen del Ayllu y la idealización del pasado no pueden pasarse por alto a la hora de pensar el cambio social en Bolivia.

Modelo de acumulación y principales actores sociales

Comencemos por desarrollar el modo en que la dominación del mercado capitalista se impuso en Bolivia. La necesidad de acumulación de la metrópoli la llevó a extraer de modo cada vez más salvaje toda la riqueza posible de este país y de todas las colonias en general, a fin de producir para el cambio, y ya no para la subsistencia, en mayores cantidades. Esto no quiere decir que se haya impuesto la forma capitalista de producción sino que, lejos de que haya aparecido una gran masa de asalariados, se tendió a instalar formas esclavistas, semi-esclavistas o de explotación servil erigidas sobre la sangre de los pueblos originarios, quienes desde entonces vieron al colonialismo reeditarse constantemente de diversos modos.

Mientras tanto, el Estado boliviano se caracterizó por su debilidad y su falta de capacidad de maniobrar frente a las repetidas crisis. Cualquier oscilación en el comercio internacional repercutía directamente en un país absolutamente dependiente de sus yacimientos minerales, dando lugar a profundos escarmientos que recaían mayormente en los sectores más vulnerables (campesinos e indígenas, en la mayor parte de los casos coincidentes, vale decir, campesinos indígenas).

La independencia conseguida en los albores del siglo XIX puede considerarse tan sólo un adorno para el pueblo boliviano. El colonialismo se instaló como relación social dominante más allá de las instituciones concretas en las que encarnara. La profunda explotación de los hombres y las tierras bolivianas eran (y son, aclaremos que la revolución de 1952 no fue triunfante) el cuadro de la situación de este país desde hacía varios siglos, y este cuadro se había visto poco influido por las acciones estatales, relacionadas más bien con los intereses de las clases altas o simplemente de quien ocupara sus instituciones básicas.

En estas circunstancias, la rebelión de los sectores postergados era un asunto latente, capaz de desarrollarse y extenderse en cualquier momento. Así transcurrió el siglo XIX, con sistemáticas reacciones violentas a los reiterados saqueos a las múltiples comunidades que habitaban el país. El siglo XX también vería una diversidad de movimientos surgiendo, pero por primera vez alcanzarían a constituir, de diversos modos, una alternativa de poder en términos estatales.

En lo que a las clases dominantes se refiere, se conformaron básicamente en torno a la minería y a la explotación agrícola, y su relación con el aparato estatal fue, históricamente, de mimetización. Durante varios siglos, los reclamos de los sectores oprimidos se mantuvieron a distancia del Estado, cuya única respuesta fue la represión. A su vez, esto es todavía más evidente al alejarse de las ciudades, ya que en las tierras más aisladas la justicia era impartida por el propio patrón, y rara vez llegaban los efectos “beneficiosos” que pudiera tener la legislación paceña.

En lo que a los sectores populares respecta, tanto la clase obrera como el campesinado tenían, además de sus caracteres clasistas, identidad étnica, lo que entrelazaba las reivindicaciones materiales clásicas (salarios, condiciones laborales dignas, reforma agraria, etc.) con reclamos indígenas de larga data, relacionados con la expropiación y destrucción de las comunidades.

La clase obrera surgió al calor de las explotaciones mineras y desde el siglo XIX comenzaría a aparecer en la escena pública, pero sólo en el XX comenzaría a tener peso, a

partir de las primeras asociaciones y federaciones obreras. Sobre todo a partir de la desastrosa derrota de la guerra del Chaco (1932), los sectores obreros imprimieron su huella, más o menos mediada, en varios experimentos de organización política y de gobierno. Comenzaron a surgir partidos “obreros” (el caso más interesante es el del trotskista POR, que tuvo una respetable influencia en el proceso revolucionario boliviano) y, a partir del “socialismo militar” de 1936, la clase obrera constituyó una base de apoyo para sucesivos gobiernos con vetas “populares”. Incluso sirvió de importante sustento para el proyecto nacional del MNR, al cual se le hizo más complejo sostener esta relación por los compromisos que tuvo que asumir al llegar al poder, en 1952.

A pesar de su escaso número, el proletariado boliviano se caracterizó por su tremenda combatividad y por su escasa tendencia a posiciones reformistas. Quizá por las tremendas condiciones de explotación (para los trabajos en las minas la expectativa de vida se reduce casi hasta a la mitad de edad que fuera de ellas) y por su nacimiento en un contexto de opresión y resistencia generalizadas, la clase obrera aún hoy resulta difícil de domesticar para cualquier gobierno y suele presentar posiciones radicalizadas en todos los conflictos que protagoniza.

El creciente poder de la clase obrera encarnó en la historia de Bolivia la irrupción de lo nuevo en la política del país. La participación activa de estos sectores en la arena pública y, fundamentalmente, su protagonismo en la insurrección de 1952 aunaba lo novedoso con un proyecto de liberación, es decir, le daba cierto sentido “clásico” al proceso revolucionario que se estaba viviendo en Bolivia. Sin embargo, en su sincretismo con la cuestión indígena persistía cierta tensión que será mucho más visible en el reclamo del campesinado.

El problema de analizar la cuestión indígena y su influencia en los sucesos políticos bolivianos radica en que su tremendo peso en la vida social de este país hace harto difícil pensar en términos clásicos el tema de la revolución en Bolivia. Nos interesa particularmente marcar un costado de esta dificultad, relacionado con la irrupción de lo nuevo en el espacio público. La lucha indígena existe hace siglos, y la desarticulación de su vida en comunidad por parte de los colonizadores inauguró una larga resistencia que los expulsó de cualquier posibilidad de decidir los destinos del país. En este marco, la violentamente acallada protesta de estos sectores era en sí misma un grito por intervenir, por liberarse de sus cadenas y actuar en relación con la política boliviana.

Por otro lado, persiste en el mismo reclamo una añoranza por los tiempos idos, por la recuperación de las viejas formas de organización comunitaria, el ayllu. La referencia a un pasado glorioso inscripta en los reclamos más relacionados con los productos de la lucha en el

marco de la modernidad hacia del proyecto revolucionario boliviano un experimento más complejo que un simple movimiento que irrumpía en el espacio público. En Bolivia lo nuevo era lo más viejo, el planteo más radicalmente revolucionario que podía aparecer en ese país se basaba en decir, sencillamente, que el “descubrimiento” de América sólo había traído males para los pueblos originarios.

El racismo tuvo siglos y siglos de ricas bases materiales sobre las que sostenerse. Si algo unía a las diversas fracciones dominantes era (además de su tez blanca) su profundo desprecio por el “indio”, a pesar de (o quizá a causa de) que era éste quien producía en su provecho. En este marco, la respuesta desde la experiencia del oprimido no podía sino apuntar agresivamente hacia lo foráneo, presentándose como una alternativa nacionalista que sí representara la patria boliviana en tanto tierra perteneciente a sus habitantes originarios. El entrelazamiento entre los reclamos campesinos y obreros con el problema indígena dificultaban la aplicación más ortodoxa de la concepción marxista de la revolución. En todo caso, cuajaban más teorizaciones que problematizan la influencia de las condiciones locales sobre la contradicción central del régimen capitalista de producción y no tanto fórmulas importadas asépticamente. En este sentido, la influencia de los partidos de izquierda, aún en sus momentos más álgidos, se mantuvo siempre por debajo de ideologías que resaltaran el valor de lo autóctono.

Desde los albores de la América conquistada, la resistencia indígena ha sido el más grave escollo para una dominación que pudiera constituirse como hegemónica. Toda disputa de poder se enfrentaba con este elemento de una u otra manera, explícita o implícitamente. Era tal su parte en el problema que muchas veces fue parte de la solución, volcando con su fuerza el resultado de cualquier interna entre sectores de poder boliviano. Esta es la línea de continuidad que mencionamos, la tremenda fuerza de un sector que implica cerca del 80% de la población y que en muchos casos guarda celosamente tradiciones incompatibles con el proceso capitalista de acumulación.

Pueblos originarios: breve historia de una incomodidad

En el caso boliviano confluyen una serie de factores que explican la tremenda magnitud con que allí se presentan las rebeliones y movimientos contestatarios. La implantación de la dominación española se presentó como un elemento que alteró radicalmente las formas de vida presentes en el territorio. La organización comunitaria de las más de cuarenta etnias fue violentamente sojuzgada en favor de la explotación económica y

cultural española. Sin embargo, paradojas de la dominación, el español no podía exterminar al indígena, dada su necesidad de mano de obra para los emprendimientos que las ricas montañas bolivianas auspiciaban. A diferencia de casos como el argentino, donde la “modernización” era incongruente con la persistencia de los pueblos originarios, en Bolivia estos eran una condición para el correcto funcionamiento de los negocios. Por otra parte, su más afianzada organización les permitió sostener hasta nuestros días la tradición comunitaria de organización.

Tal alteración del paisaje de la vida de una sociedad no puede sino producir una virulenta resistencia. Desde el siglo XVI se han producido innumerables rebeliones que han tomado diversas formas, pero que siempre se alzaron contra expresiones de ese poder ajeno. Una clave de la radicalidad indígena esté quizá en que su vínculo con la tierra nunca se rompió, sino que fue transformado desde afuera, por el español que impuso otra forma de trabajo, pero no pudo imponer acabadamente otra cultura.

El indígena ha participado numerosas veces en rebeliones que ni siquiera él mismo comenzaba, pero la fuerza de esta enorme mayoría de la población, acabó siempre por exceder cualquier intención inicial. Como veremos, esta fuerza puesta en movimiento representa un peligro tal para cualquier arreglo institucional que toda alianza coyuntural que con ella pudiere construirse acabó por romperse.

Evidentemente, en cinco siglos de historia esta lucha tomó las más diversas formas. Si bien la resaltaremos en clave de continuidad, cabe destacar algunas diferencias en el panorama general de la dominación en Bolivia que, a lo largo de diferentes períodos históricos, delimitan de diversa manera el modo específico de las formas de resistencia. Esto es, los distintos actores sociales que ocupan el lugar de adversario del indígena. En líneas generales, en todo momento se encuentran más o menos diferenciados el enemigo inmediato, vinculado a la explotación y el sojuzgamiento en el ámbito local y aquel dominador más lejano, en términos geográficos (el español en la colonia, el imperialismo foráneo en el siglo XX), lo que influye también al nivel de la percepción: de algún modo, el enemigo externo aparece más borroso y en relación con un rechazo más visceral que se remonta a la añoranza de los tiempos prehispánicos.

En este sentido, puede ensayarse una primera diferenciación entre el período colonial y el posterior a la independencia del reino español. Para resumir el primero de éstos, nos remitiremos al contexto general de la rebelión de 1780, entendiendo que allí se conjugaron una serie de elementos constitutivos de la dominación colonial a la vez que se evidenció la indomable potencia de los pueblos originarios al rebelarse.

Desde comienzos de 1700 hasta la fecha de la rebelión de Tomás Katari (continuada por Tupac Katari) en lo que hoy es Bolivia y Tupac Amaru en territorio hoy peruano se habían sucedido más de 60 rebeliones indígenas. Por lo general estas aparecían como respuestas a abusos del corregidor (funcionario encargado de cobrar impuestos y velar por la armonía del sistema de explotación rural) pero en algunos casos incluían demandas que lo trascendían. Para esta época comenzaron a articularse una serie de condiciones que posibilitaron una serie de estallidos populares sin precedentes. En primer lugar, comenzaban a diferenciarse marcadamente los intereses de criollos y españoles, en la medida en que el control y la presión tributaria aumentaban desde la metrópoli, lo que recortaba considerablemente los ingresos de los explotadores locales. Esto abría la posibilidad de que estos sectores acudieran, a través de promesas y retórica de objetivos comunes, a la ayuda local para enfrentar a la Corona. Además, las formas de tributo y trabajo forzado se agudizaban, a la par que los abusos de los corregidores eran cada día más flagrantes.

Al margen de los hechos concretos que dispararon la escalada de revueltas¹, nos interesa remarcar que una vez que allí comenzó a desenvolverse políticamente la masa indígena, ésta sólo fue controlada a por medio de una inédita e inusitadamente violenta represión, que incluyó el descuartizamiento de Tupac Amaru y Tupac Katari. En los momentos más agitados de las revueltas, La Paz y Cuzco estuvieron virtualmente sitiadas y el pánico de criollos y españoles fue moneda corriente. Estas revueltas quedaron inscriptas en la memoria colectiva, y fueron referencias para todos los movimientos surgidos en el siglo XX. Lo que interesa destacar es que en ellas comenzaron a delimitarse características que luego se repetirían en cada nuevo estallido: una vez que el pueblo indígena participa de una revuelta es un elemento profundamente difícil de normalizar, si no se recurre a tremendas dosis de represión. Incluso en el siglo XX, esto ya no será suficiente y se ensayarán diversas formas de institucionalización del conflicto. La radicalidad de este cuadro se sustenta en la tremenda incompatibilidad entre los intereses de acumulación y la vida en las comunidades originarias. Este signo marca a fuego la política boliviana, proveyéndola de grandes períodos de inestabilidad.

Como mencionamos, desde la experiencia del campesinado indígena, la liberación respecto de la Corona de España fue sólo una cuestión nominal, en la medida en que este sector siguió sufriendo los más vejadores modos de opresión. Sin embargo, sí se fueron

¹ Para ello ver Albó, Xavier *Etnicidad y clase en la gran rebelión aymara/quechua: Kataris, Amarus y bases. 1780 – 1781*. En Calderón, Fernando y Dandler, Jorge: **Bolivia: la fuerza histórica del campesinado**. UNRISD y CERES, Ginebra, 1986.

sucediendo cambios en los sectores de poder bolivianos que repercutieron en la resistencia indígena, principalmente hacia el final del siglo XIX.

Para esta época comenzaba a consolidarse en el norte de Bolivia, en torno a la ciudad de La Paz, un nuevo sector dominante que desafiaba la hegemonía de la oligarquía de la plata, cuya zona de referencia era el sur del país. La pujante nueva clase basaba sus ingresos en una diversidad de actividades productivas (comercio, nuevas materias primas - caucho, estaño -, construcción de ferrocarriles, etc.) que le otorgaban una ventaja sobre las facciones conservadoras, dependientes de la plata y las diversas formas de tributo de las comunidades indias. Hacia final del siglo XIX, se desató una verdadera guerra civil entre liberales (norte) y conservadores (sur). Sin embargo, para con los pueblos originarios, estos proyectos no diferían demasiado. En un primer momento, los rebeldes indígenas, encabezados por el aymara Zarate Willka, participaron del bando liberal, quizás por identificar a los conservadores con la experiencia más inmediata de opresión. De este modo, el triunfo liberal se basó, en buena medida, en su apoyo, ya que el ejército indígena presentaba una gran fortaleza, fundamentalmente en la moral de sus miembros.

A pesar de esto, las rebeliones indias tomaron rápidamente su propio camino, diferenciando sus reclamos de las luchas entre facciones dominantes, con el proyecto de establecer un gobierno autónomo². Nuevamente, la amenaza “india” se cernía salvajemente sobre la civilización blanca, demostrando la dificultad de dominarla. Al igual que en las rebeliones anteriores, la de Zarate Willka fue ahogada en sangre, a la vez que una nueva esperanza nacía para los sectores dominantes de la sociedad boliviana: con el triunfo de los liberales y su proyecto de desarrollo, el indígena no parecía ya imprescindible, en tanto sus impuestos y tributos podían no ser la principal fuente de ingresos. Con esto y la derrota de la rebelión nació la firme esperanza de exterminar los pueblos originarios, lo que, por otra parte, dio un fuerte brío a la entrada de teorías positivistas que postulaban la inferioridad racial de los mismos. El Censo General de 1900 se realizó con este espíritu, intentando demostrar la decadencia integral (en términos cuantitativos y de “retraso” en relación con los blancos) de la población indígena en Bolivia.

A partir de la hegemonización del poder por los liberales, hasta la Guerra del Chaco (1932) fueron años de crecimiento de los latifundios (esto es, más expropiación de tierras comunales) y de aumento y multiplicación de impuestos. Esto generó diversas revueltas que reafirmaban los lazos comunitarios y rechazaban la multiplicación de esta forma de propiedad. Todas ellas contenían un fuerte carácter mesiánico, a la espera de la salvación de

² Rivera Cusicanqui, Silvia. **Oprimidos, pero no vencidos**. UNRISD, Ginebra, 1986. Capítulo 1.

siglos de opresión, muchas veces encarnada en la figura de un líder que solía ser cacique de una o más comunidades. En este sentido, también se recuperaba fuertemente la figura de Tupac Katari, estableciendo un vínculo entre pasado y presente en términos de resistencia. Esta modalidad de conexión con los rebeldes del pasado será una constante en los levantamientos populares de Bolivia, aún hasta nuestros días, lo que da cuenta que la experiencia de la opresión se vive, en buena medida, como un proceso continuo desde la llegada de los españoles hasta la actualidad.

Por otra parte, en estos años se dio en repetidas oportunidades un fuerte retorno a la idea de auto – suficiencia de las comunidades originarias. En paralelo a la resistencia activa a los latifundistas, comenzaron a tejerse redes de intercambio entre comunidades que permitieron construir “ferias indígenas”³, espacios libres de influencia española y criolla que demostraban en su existencia la potencial autonomía del indio.

Estas dos características, la resistencia mesiánica y la autonomía, dan al campesinado indígena un componente sumamente disruptivo, en la medida en que se presentan como extremadamente antitéticos a su interlocutor (el Estado y las clases dominantes bolivianas), lo que dificulta mucho la posibilidad de negociación.

Ahora bien, la derrota en la Guerra del Chaco implicó una ruptura en la historia boliviana, así como el comienzo de una nueva época en lo que a la presencia pública indígena supone. El patético desempeño del ejército y la humillación que implicó para la nación el resultado de la contienda terminó por destruir la hegemonía de la clase dominante boliviana. Esta alcanzó la conciencia de que ya no podía llevar sola las riendas del país. Pero esto por sí solo no era suficiente para llevar a cabo una transformación desde el aparato estatal; fue la acumulación de luchas de los sectores populares la que se expresó en diversas alternativas políticas que se fueron sucediendo desde el socialismo militar de 1936 hasta los años de la revolución.

Los diversos modos del populismo y el nacionalismo de izquierda que aparecieron en aquellos años (fundamentalmente en torno al MNR) dieron cuenta de una creciente movilización de masas que repercutía por primera vez en la historia en el propio aparato estatal. Indudablemente, la derrota del Chaco abrió una etapa de resquebrajamiento de la tradicional forma del poder en Bolivia. Se alzaron demasiadas voces contra la llamada “rosca” (modismo popular que designaba la forma de gestión del Estado) y nuevas variantes políticas, sobre la base de nuevas alianzas sociales, se acercaron al aparato estatal. Ahora bien, esto también generó una reorganización de las fuerzas conservadoras, que comprendieron que ya

³ Ibidem. Capítulo 2.

no era tan sencillo mantenerse en la cúspide sin tener en cuenta las posibles reacciones de los sojuzgados. Esta reconfiguración de la correlación de fuerzas en el espacio político boliviano hizo de estos años un ámbito propicio para levantamientos, golpes de Estado, insurrecciones, etc. Se dio, en términos generales, una radicalización de la participación política que, salteando los detalles de cada uno de los procesos anteriores, llevó a una polarización explosiva para el principio de la década de 1950.

En relación con el problema indígena, la derrota del Chaco le da una proyección nacional y lo pone en el centro de la escena. El desmantelamiento del Estado oligárquico fue permitiendo un mayor acercamiento entre el criollaje progresista y los sectores campesinos, a la vez que estos comenzarán a organizarse en un nivel cada vez mayor, superando cierto espontaneísmo que dominaba las rebeliones anteriores, alcanzando una proyección política inusitada en el Primer Congreso Nacional Indígena de 1945. Con el socialismo militar, el pueblo fue por primera vez interlocutor de los dirigentes políticos estatales y la fuerza de las organizaciones indígenas fue cada vez mayor.

La realización del Primer Congreso fue un hecho fundamental en la lucha de los indígenas por diversas causas que implicaban un punto de ruptura con rebeliones previas: se realizaba alentado por el propio gobierno, el lugar era la ciudad de La Paz y las medidas que de allí surgen serán banderas de lucha y reivindicación para los años siguientes. Estas características implicaban que el conflicto indígena entraba por primera vez en escena pública en un sentido visible, ya no como aquello que es negado sino como una voz a ser escuchada. Constituyó, de algún modo, un punto de no retorno, el fin del sueño oligárquico de exterminio de la raza indígena.

A su vez, estos fueron años de creciente organización de la clase obrera, básicamente minera, en torno a la COB, y en franca relación con el MNR. Así, se respiraban en Bolivia aires de cambio y los sectores más reaccionarios acudirían nuevamente al sector del ejército afín a sus intereses para sostener un orden terminantemente resquebrajado.

Frente al triunfo electoral del MNR en 1951, un patético intento de golpe de Estado por parte de los militares más alineados con la derecha nacional dio por resultado final una victoriosa insurrección básicamente urbana, obrera y sindical (la agitación en el campo también existió, aunque sus mayores expresiones se dieron algún tiempo después) que llevaba al MNR al poder sin lugar a discusión en 1952. Por esos días parecían articularse las debilidades más antiguas del régimen boliviano con las posibilidades que las nuevas y diversas formas de organización de los sectores populares traían, sobre todo a partir de la Guerra del Chaco.

En la Revolución Boliviana se conjugaron las experiencias y los proyectos de los amplios sectores sociales que participaron activamente del proceso previo, cuyo principal sector, en términos de fuerza y activación, fue la clase obrera organizada. Sin embargo, los vaivenes políticos del MNR en el poder irían abriendo el camino a la fuerza del campesinado, fundamentalmente a partir de la Ley de Reforma Agraria. Tal como dice Mires, la boliviana fue “la revolución obrera que fue campesina”⁴, en la medida en que la influencia de este sector iba a ser cada vez mayor, en contraposición al decreciente peso de la clase obrera.

Como fuimos marcando en los procesos anteriores, nuevamente el poder del campesinado indígena marcaría el destino de la revolución. Con la Reforma Agraria de 1952 se desató un movimiento cada vez más activo que un año después comenzaba a ser la base del gobierno revolucionario, a la vez que contrapeso de los reclamos de la COB. Así, la década del 50 fue de gran movimiento en el campo, y la reforma, aunque problemática en muchos planos, hacía renacer la esperanza de retorno a la pacífica vida comunitaria.

Evidentemente, la Reforma no fue revolucionaria, en tanto no fomentaba lazos comunitarios sino la propiedad individual y la conformación de una pequeña burguesía agraria. Al mismo tiempo, hacia la década del 60 las maniobras de institucionalización de la protesta indígena se multiplicaban a la vez que la represión se acentuaba, sobre todo luego de la Restauración militar de 1964. Desde aquel año hasta nuestros días fue poco lo que el campesinado pudo lograr en connivencia con el Estado, con excepción de breves períodos (fundamentalmente con el General Torres entre octubre del 70 y agosto del 71, quien incluso intentó enmendar las falencias recién mencionadas de la reforma agraria, apuntalando un sistema de cooperativas) y sus reclamos tendieron cada vez más hacia la autonomía étnica y de clase, desde el movimiento katarista de los 60 hasta el Patchakutik de la actualidad, el cual, aunque con pretensiones revolucionarias en cierto sentido clásico, basa su construcción en revitalizar lazos comunitarios y fortalecer los ayllu, en detrimento de entrar en procesos de negociación con el Estado u otros sectores sociales.

Memoria y resistencia

La necesidad del “indio” en tanto fuente de trabajo y tributos terminó de dibujar una situación profundamente contradictoria e inestable. La historia del “espacio público” boliviano está marcado por la presencia o la ausencia del problema indígena. Aún en los momentos de más furibunda represión, este siempre reapareció a través de diversas

⁴ Mires, Fernando. **La rebelión permanente**. Siglo XXI, México, 2001. Pp 224-278.

manifestaciones, al modo del “retorno de lo reprimido”. No casualmente el positivismo de principios del siglo XX basaba su fuerza en la ilusión de solucionar de raíz dicho problema.

Asimismo, la presencia concreta de organizaciones de los pueblos originarios en las relaciones de poder estatales tuvo consecuencias profundamente disruptivas casi en términos empíricos (políticos no tan blancos, inmensos congresos indígenas en La Paz, etc.); así como también en un sentido político, en tanto la cooptación e institucionalización del conflicto apareció fuertemente. Cierta dialéctica entre represión e inclusión se volvió inevitable, dada la constitutiva imposibilidad de acallar eficazmente el conflicto fundacional de todo el cuadro de inestabilidad.

La resistencia del indio se constituye en torno a la memoria, entendida esta en varias dimensiones temporales. Una primera memoria larga, casi mítica, que se remite a una sociedad prehispánica autorregulada, en armonía consigo misma y con la naturaleza. También aparece una memoria ligada a rebeliones e insurrecciones de vieja data, básicamente la de Tupac Katari y Tupac Amaru y, en menor medida, la de Zarate Willka, y por último una memoria más corta vinculada a los sucesos de la Revolución y los años posteriores.

Esta especie de entramado de vivencias de lucha y proyecto político otorgan una incommensurable fuerza a un sector social que se proclama así único habitante genuino de las tierras bolivianas. En este sentido, cada rebelión indígena debe ser leída en clave de un despertar del “monstruo dormido”. De aquí la continuidad que proponemos en la lectura de la opresión y la resistencia en tierras bolivianas. Continuidad que no implica homogeneidad, sino más bien un recorrido particular de una lucha que tomó diversas formas, desde el feroz intento por borrarla hasta su reconocimiento y ensayo de domesticación, pasando por numerosas victorias y derrotas con distintos resultados, concretos y materiales.

Por su vinculación directa con el pasado lejano, en clave de añoranza y recuperación de una tradición, la resistencia indígena tomó caracteres mesiánicos, con una fuerte idea de interrupción, salvación y retorno al viejo mundo. Esta fisonomía le impidió acercarse fructíferamente a la concepción europea (y europeizante) del mundo, incluso en sus formas más emancipatorias. El rechazo radical que antecede ontológicamente toda acción política de los sectores campesinos fue también fuente de su constante reclamo de autonomía, y su consecuente diferenciación de las formas importadas de organización política. Los verdaderos dueños de Bolivia demuestran y han demostrado que su fuerza puesta en movimiento no es solamente un elemento disruptivo para la política boliviana (entendida como sojuzgamiento y dominación), sino la posibilidad de su propia destrucción.

Conclusión: Bolivia será indígena, o no será

El referente del Movimiento Patchakutik, Felipe Quispe, expresó en una entrevista relativamente reciente⁵ que Bolivia está preparando su revolución indígena. Con muy poco de occidental y mucho más de milenaria tradición aymara, este movimiento encarna hoy el rechazo radical a la Bolivia blanca, inscribiéndose en esa otra historia que aquí se intentó recuperar, la de la rebelión que aspira a ser completa, en la medida en que no contempla mediaciones y reconoce tajantemente a los enemigos.

Lo que quisimos demostrar es que la radicalidad de las rebeliones indígenas ha impedido en cada oportunidad una normalización duradera ese elemento. Esto no parte de un tipo de organización específica que pueda tener caracteres más contestatarios que otra sino de una subjetividad conformada en oposición a la propia existencia del Estado, al menos en el sentido en que la Modernidad lo concibe. Esta subjetividad fue forjada al calor de los más oprobiosos modos de explotación vividos como absolutamente foráneos e invasivos, en la medida en que implicaron una ruptura absoluta con formas previas de sociabilidad en las comunidades indígenas.

Este rechazo primario es el que se percibe en cada movimiento del hacer político boliviano, al margen de quien aparezca como actor sobresaliente. Es decir, la fuerza del campesinado funda la conflictividad política del país. Ya vimos que, cualquiera sea el punto de inicio de una problemática política, su desarrollo y punto de llegada tiene necesariamente que ver con la intervención de este sujeto. Desde luego que esa intervención puede implicar su derrota y feroz represión, o su funcionalidad para los proyectos de otros sectores sociales, pero hasta el día de hoy su potencia excede la posibilidad de ser contenida, en tanto sus reclamos dejan ver una fuerza y especificidad propias y diferenciadas de cualquier potencial aliado.

Si toda correlación de fuerzas se resuelve por la intervención de este sujeto, existe en su propia constitución la capacidad de alcanzar la autonomía, pues es el único que no parece requerir de los demás. Por el contrario, a él se asiste retórica y materialmente para resolver cualquier contienda de poder en Bolivia. Ahora bien, esto no niega ni oculta la opresión que vive el campesinado indígena hace siglos, pero sí permite avizorar su fragilidad. Su potencia de liberación existe en la forma de ser negada, bajo la forma de un débil entramado político

⁵ Colectivo Tierra del Sur. **Bolivia**, Colección *Latinoamérica, espejo de rebeldías*, núm. 1. Buenos Aires, Tierra del Sur, 2003. Pp. 51-61.

incapaz de estabilizarse. La historia de dominación y derrota no ha cesado de ser interrumpida por los pueblos originarios, éste no ha dejado de ser el elemento que una y otra vez subvierte el orden que pretende su inexistencia pero sobrevive por su existir. Nada puede decirse acerca del futuro, pues la lucha es por definición abierta, sólo sabemos que Bolivia no parece lugar para medias tintas.

La imagen del revolucionario boliviano es la de quien espera que acabe la interrupción de su vida pacífica que comenzó allá por el siglo XVI, con los primeros colonizadores llegando a sus tierras. Aún hoy es así. La revolución boliviana es incomprensible, por supuesto, sin la modernidad, pero es también impensable sin concebir que no se trata de una cultura común, sino que contiene un fuerte arraigo en antiquísimas costumbres. El sentido que la palabra revolución tenía antes de la toma de la Bastilla, su idea de retorno, cabe más a la experiencia del principal actor social boliviano que su moderna concepción, más relacionada con el progreso y la superación.